

## Del ruido a los aplausos

María amaba sus orejas, era el aspecto físico que más la enorgullecía. Solía llevar el cabello recogido para poder lucirlas. En eventos especiales las adornaba con zarcillos, e incluso a veces, pintaba pequeños dibujos de flores sobre ellas.

Las orejas de María eran grandes, de lóbulos muy alargados y para nada estrechos. María se aseguraba religiosamente de limpiarlas todos los días, y cada seis meses, visitaba al otorrino para verificar que su capacidad auditiva estuviera en las mejores condiciones.

María decía que su sentido favorito era el oído; ella prefería, a diferencia del común denominador, perder la visión antes que perder la audición. Escuchar y componer música, eran sus pasatiempos preferidos. Tocaba el chelo, el violín y la guitarra. Sus compañeros la envidiaban por tener “oído musical”, habilidad que le permitía identificar cualquier tipo de nota apenas escucharla. Casi siempre era seleccionada para interpretar las partituras más complicadas en los conciertos orquestales a los cuales asistía.

En ocasiones, ante la presión de los espectáculos, el estrés y la ansiedad, se apoderaban de ella. María entonces apaciguaba tales males tapando sus ojos con una venda, y sentándose en la grama de los parques a escuchar los sonidos de la naturaleza. Aquello la relajaba, la transportaba a un mundo que era enteramente suyo y al que nadie más tenía acceso.

Un día, sin darse cuenta, en medio de su meditación, María, cansada de tantos ensayos, se sumió en un profundo sueño. Pasaron unas horas, tiempo suficiente para que Jeremías, un simpático caricaturista que solía retratar a los transeúntes del parque, pudiera plasmar la esencia de María en uno de sus curiosos dibujos.

Al despertar, María se percató de un numeroso grupo de personas que se escondían detrás del lienzo de Jeremías. Entre la muchedumbre amontonada encontró algunos rostros familiares, el de Samuel y Elías, el de Ana y Sabrina, y hasta el del gran maestro Antonio, quienes veían todos con mucha atención -y picardía- la recién hecha obra de arte.

María aún soñolienta tras el descanso, ignoró las expresiones de risa y burla que enmarcaban las caras de sus compañeros. Se acercó detenidamente a ver el retrato de Jeremías.

- ¡María! Has despertado al fin. Tienes que venir a ver lo que hice, quedaste estupenda. – le anunció Jeremías.

- Ja, sí, sobre todo... – agregó con sospechable malicia Elías.

Con inocente agrado, María se paró enfrente del recuadro reconociéndose al instante. Ahí estaban, sus castaños ojos, su lunar bajo el mentón, sus carnosos labios, su hermosa sonrisa, y finalmente, sus inmensas orejas, sus muy inmensas y exageradas orejas. Dos bolsas gordas y alargadas colgaban grotescamente de cada lado de la cara de María. Ambas hacían de un perchero en el que se veían guindando macetas, ropas, ornamentos, y demás objetos tales como audífonos y un excéntrico juego de llaves.

- A ver, que hasta Dumbo tendría celos de ti, María – dijo Ana, ahogándose sucesivamente en una carcajada a la que se uniría el resto de los espectadores.

María, acostumbrada a regalar cumplidos, quiso felicitar a Jeremías, quien se mostraba muy satisfecho con su creación. Sin embargo, apenas abrió su boca, en vez de pronunciar tiernas palabras, dejó escapar una nerviosa sonrisa que pretendía mezclarse con la de los demás.

De repente, un extraño vacío inundó el estómago de María. Mientras escuchaba los variados y pintorescos comentarios acerca de sus orejas, una dosis de adrenalina se liberó en su cuerpo. Sentía tener la energía suficiente para salir corriendo y romper un récord mundial de velocidad, solo que, al mismo tiempo, un indescifrable peso le impedía mover las piernas.

Los pájaros dejaron de cantar, los perros de ladrar, y el agua de la fuente paró de fluir. Únicamente se escuchaban risas hilarantes y comentarios hirientes. María por primera vez tapó en su vida sus oídos y decidió no escuchar.

El silencio inmediatamente se convirtió en una prisión que no pudo soportar, por eso no tardó en despegar las manos de sus orejas. Pero aún estaba ahí ese ruido de voces que tanto la aturdía. Respiró profundo y tomó el *case* de guitarra que se encontraba reposando en la grama. Sacó su instrumento, ya no entendía lo que decían sus compañeros, tal vez ya ni siquiera hablaban de ella, y sin embargo, el sentimiento de amargura no se disipaba.

La actual circunstancia había revivido los demonios internos que María había creído derrotar hace mucho tiempo. Por eso cerró los ojos y los combatió con su mejor arma. Las cuerdas de la guitarra fueron rasgadas. Cada vez con más fuerza y entusiasmo. Entre notas sincopadas, el murmullo de malos comentarios, que ya no venían de Elías, Ana, Sabrina, Antonio y Samuel, sino de ella misma, fueron poco a poco desapareciendo hasta convertirse en aplausos.

Autor: Amanda Delgado

